

Jueves 17 de Abril de 1924

Lenguaje Dictatorial

Hay que felicitarse del lenguaje, si bien algo inofensivo, perfectamente criollo que suele usar el señor Alessandri en sus momentos de arrebatada indignación.

El género peculiar de sus denuestos, lo salvará ante la historia.

Parece, en efecto, ser una especialidad de los dictadores, el carácter impulsivo y violento.

Cualquiera contradicción, cualquier disgusto, los pone fuera de sí y los hace prorrumpir en toda clase de injurias. ¡Y qué horrible desgracia cuando ellas pueden ser reproducidas por la prensa! La memoria del dictador está perdida en el concepto de las generaciones venideras.

Véase, por ejemplo, el caso de López, no don Julio, sino don Carlos Antonio que allá por el año 1855, implantó en el Paraguay un régimen que aquí pasa por nuevo, pero que es bastante viejo en muchas repúblicas sudamericanas.

En un libro titulado "El Paraguay durante la tiranía de Lopez", escrito por don Ildefonso Antonio Bermejo encontramos el párrafo siguiente que no podemos menos de reproducir a pesar de su extensión:

"Recibióse el Presidente - refiere el autor - con una sonrisa cariñosa, dijo al mulatillo que se acercase una silla, me mandó sentar a su lado, y después de un momento diciéndole que llamara al barbero, y estando solos, me dijo: "Por lo que me dice Pancho en su carta (Pancho quiere decir Francisco), veo que usted va a ser de la familia: por eso lo recibo a usted sin etiquetas ni ceremonias. Además, somos republicanos". Puse en manos del Presidente la carta que su hijo me había dado en París; la leyó y me dijo: "Es una corroboración de la que particularmente me escribe, sólo que en la otra carta añade que usted puede sernos muy útil." "¿En qué?" le pregunté. "Eso allá lo veremos, repuso. Y dando otro giro a la conversación, me preguntó que cómo había pasado la noche. Le dije que los techos de mi habitación por ser de caña y tierra, estaban llenos de nidos de marciélagos, y que estos animales no me habían dejado dormir en toda la noche, porque, a pesar de haber dejado el postigo abierto, habían escogido el cielo de mi dormitorio para campo de sus traviesas excursiones."

"Sonó la campanilla con ademán rabioso, acudió el comandante de la escolta presuroso y gorra en mano, y díjole el Presidente con acento acentado: "¡Al Ministro de Hacienda que venga inmediatamente!" "¡Sí, señor!" repuso el comandante, y a pesar de ser un anciano voló como un zagal de veinte años. Seguidamente llamó al mulatillo; también acudió éste presuroso, y le dijo: "Llévate el sombrero blanco, que está sobre la mesa y pon en su lugar el negro".

"Obedeció el joven esclavo, y por más reflexiones que yo hacía no acertaba a comprender la significación que encerraba aquella mudanza de sombrero. Andando el tiempo la experiencia me dió a conocer que el sombrero blanco en la cabeza o al lado del Presidente era símbolo de contentamiento, y el negro señal de irritación y deseos de castigo. Llegó el Ministro de Hacienda, hombre de cincuenta o más años, encanecido, de fisonomía venerable, vestido de negro, y en viendo el sombrero sobre la mesa, aquella autoridad palideció como un difunto. Quise ponerme de pié a su llegada, pero me lo estorbó el Presidente, mandando imperiosamente que me sentara".

"Cuadrado el Ministro como un recluta, oyó de boca del Poder Ejecutivo la siguiente rociada: "No me sirven ustedes más que de estorbo. !Son ustedes los ministros unos badulaques, y usted un animal!" El ministro inclinó la cabeza y respondió sumisamente: "Si, señor! Acabo de saber, prosiguió el Presidente, que una de las mejores fincas del Estado la están destruyendo los murciélagos. En este momento se ocupará usted de buscar otra casa para este caballero, y en seguida llevará dos albañiles esclavos para que levanten las tejas y limpien el techo de esos nidos destructores." El Ministro de Hacienda quería preguntar algo, pero le temblaban los labios y no acertaba con la palabra. Mirábale el Presidente, y exclamó: ¿Qué me mira usted, so bárbaro? Obedezca usted lo que se le ha mandado, y quítese de mi presencia antes que vaya la campanilla a su cabeza." "Si, señor", dijo el Ministro, y se ausentó rápidamente. Yo entonces deploré de haber sido causa de aquella desazón y añadí que me serviría de escarmiento para meditar en lo sucesivo lo que hablara".

"Me despedí, me encaminé a mi casa, y en ella encontré al Ministro de Hacienda subido en el tejado, escudriñando, en compañía de un albañil, los sitios en donde estaban los nidos de los murciélagos".

Hasta aquí la anécdota referida por el señor Bermejo. Por ella se formará idea el lector de los gravísimos inconvenientes que tiene para un jefe de Estado el usar en sus momentos de arrebató injurias que puedan ser reproducidas, sin inconveniente, en caracteres de imprenta.

!Qué enorme superioridad la de la injuria criolla, no sólo desde el punto de vista nacional, sino también expresivo e histórico! sin sacrificar en nada la energía de la ofensa, quien la pronuncia puede estar seguro de que nunca pasará del estrecho círculo de las conversaciones, al amplio campo de la posteridad.

Cuando algún contemporáneo, ~~vervi~~ ^{gracia,} el señor Olavarría, escriba la historia de la Dictadura, ~~o por~~ ^{minucioso} que sea en anécdotas biográficas, jamás comprometerá, - como en el caso del tirano López - la memoria de su protagonista.

El señor Alessandri, pasará, acaso, a la historia como un hombre, silencioso. Sus discursos, dada su palpitante actualidad y su olvido de la literatura, no perdurarán en cuanto a su lenguaje extraoficial - ¿cómo podría el señor Olavarría referir lo que solía decirle el Presidente, cuando, algún yerro ortográfico, o relatar las apreciaciones personales del primer mandatario respecto de su Ministro de Hacienda ^{señor Martner} del diputado don Nicolás Cordero y de otros personajes de su tiempo?

!Ah! si el tirano López hubiera sabido hablar como realmente corresponde a un dictador !cuánto habría ganado su memoria!